

TEORÍA

LA BELLEZA EN EL DESARROLLO PSÍQUICO

(Rev GU 2005; 1; 2: 173-176)

Isabel Santa María¹

Este trabajo es un análisis teórico acerca del significado psicológico de la belleza. El presente artículo propone una hipótesis sobre el rol que juega la belleza en el desarrollo del aparato mental. La comprensión de este fenómeno implica un análisis de la teoría psicoanalítica del desarrollo, integrando la participación de los fenómenos pulsionales y objetales.

Desde Platón en uno de sus diálogos (El Hippias Mayor), se plantea el tema acerca de qué es lo bello, señalando que “lo bello es lo bueno”. En “El Banquete” admite que “...la belleza de los cuerpos no es sino el reflejo... de la belleza de las ideas”.

Los filósofos, algunos con una mirada hedonista, otros más pragmática, otros en forma moralista, llegan a idénticas conclusiones.

Si analizamos sus escritos: “lo bello es la luz que nos revela el secreto de lo vivo”; “la belleza hace participar del goce divino”; “es el estímulo del sentimiento de vida”; “lo bello equivale al bien” (Crisipo), “lo bello es el vestigio del bien” (Plotino), “lo bueno es aquello que se elige; lo que se elige es aquello que se ama; lo que se ama es aquello que se estima; lo que se estima es aquello que es bello; por lo tanto, lo bueno es lo bello” (Séneca), “las formas supremas de lo bello son la conformidad con las leyes de la armonía...” (Aristóteles en “Metafísica”).

Desde la psicología, Freud reconoce que el tema de la belleza, si bien importante, no alcanzó a ser desarrollado extensamente.

En el “Malestar de la Cultura” plantea que una forma de buscar la felicidad es a través del goce de la belleza. Reconoce que si bien una actitud estética “no protege contra la posibilidad de sufrir, al menos puede resarcir de muchas cosas”. Tiene la belleza, dice, “un suave efecto embriagador”. Señala que, pese a no tener una utilidad (como el orden o la limpieza), sin ser una necesidad cultural, la cultura no puede prescindir de ella.

Desde su perspectiva, en “Los Tres Ensayos” a Freud le parece que de algún modo el goce de la belleza deriva del ámbito de la sensibilidad sexual, no sólo como una sublimación del impulso sexual sino en la forma de “encanto” que antecede a la aproximación sexual (la palabra “*reisz*” –encanto– en alemán, tiene también la acepción de *estímulo*).

La impresión óptica sería el camino más frecuente por el cual se despierta la excitación libidinosa. Los etólogos podrían decirnos mucho acerca de la belleza asociada al encanto; baste recordar cómo se engalana el macho para atraer a la hembra en ciertas especies.

¹ Docente del Magister de Adolescencia de la Universidad del Desarrollo. Psicóloga del Servicio de Psiquiatría del Hospital Militar. insabelsm@hotmail.com

Pero la búsqueda de la belleza ¿es un fin en sí mismo?, ¿produce placer sin que intervenga el deseo? Existe un elemento afectivo que forma parte del placer de lo bello. "Es bello lo que es reconocido como objeto de una satisfacción necesaria... lo bello no tiene sino una finalidad subjetiva" (Kant).

Intentaremos hipotetizar acerca del porqué de la necesidad de buscar lo bello, por qué lo bello produce goce, por qué ese suave efecto embriagador. Como dirá San Agustín "¿qué es lo que nos atrae y nos aficiona a las cosas hermosas?" ("Confesiones").

Las teorías del desarrollo, el trabajo clínico con pacientes, la observación de niños, permiten señalar que éstos nacen con necesidades que claman ser satisfechas. La satisfacción de estas pulsiones es vivida como intensa gratificación y despierta sentimientos y emociones amorosas, pero su frustración suscita sentimientos intensamente agresivos, señala Freud, y que la fuerza de la biología se canalizaría a través de la libido. Este sería el vehículo a través del cual la mente aprende a relacionarse con las personas, desde las más primitivas descargas sexuales y agresivas hasta las más sublimadas de amor y creatividad.

En este trayecto la mente no es siempre capaz de elaborar lo que demanda la pulsión y, si se ve sobrepasada, surge la angustia y consecuentemente se reprime el deseo. De este modo se va construyendo un espacio mental que no tiene acceso a la conciencia pero que va a estar influyendo en la conducta del sujeto toda la vida.

Una de las primitivas pulsiones biológicas sería la pulsión de muerte, según Freud, lo que empuja al retorno a lo inorgánico. El organismo reaccionaría ante este impulso deflectándolo hacia fuera. Podría verbalizarse como "para no destruirme yo mismo, entonces odio al pecho" (que es lo que el niño considera como un todo: la madre es *pecho* para él en los comienzos, es lo que da vida). Freud señala que el niño "negocia" con el impulso de muerte, desviándolo hacia los "objetos" (que son los otros que no soy yo, pero que están en mi mente). Desde el comienzo, entonces, habría un conflicto entre el impulso de vida y de muerte.

Melanie Klein, con posterioridad, y apoyada en las teorías de Freud, también reconoce (a través del psicoanálisis de niños) la expresión temprana del impulso de muerte. Ella le llama un sadismo básico. Lo importante es que sería una proyección lo que está a la base de lo que vive. Como el modelo biológico, que tiende a eliminar lo tóxico de un organismo, la mente tiende a proyectar.

Para deshacerse del instinto de muerte, según Klein, el yo se divide al proyectar afuera. Así, el "afuera"

o el "objeto" se queda con una parte de ese impulso de muerte pero, al mismo tiempo, se transforma en persecutorio (pues contiene el impulso de muerte proyectado). Del temor al instinto de muerte original, se transforma en miedo a un perseguidor. Es más fácil defenderse de un perseguidor de afuera que de uno que está dentro. Y como el yo conserva algo de ese impulso de muerte, éste se transforma en agresión y le permite al niño defenderse de esos perseguidores externos.

Entonces, desde el origen hay en el inconsciente miedo a la muerte, pero no a la biológica, sino una respuesta provocada por el impulso de muerte, temor a la aniquilación interior o a la vuelta a lo inorgánico.

Las modulaciones de las pulsiones de vida y de muerte forman parte de las relaciones que se desarrollan con los otros, sobre todo con ese primer objeto, la madre. A su vez, el proceso será profundamente afectado por la naturaleza real del ambiente.

Klein acuña el término de "fantasía inconsciente". Señala cómo al instinto de comer le acompaña la fantasía de algo comestible. Cuando falta el pecho en un momento de hambre, el niño se succiona el dedo, lo que le hace creer que tiene al pecho; del mismo modo, cuando grita de hambre fantasea que está atacando al pecho.

La necesidad impulsa al niño a hacer "relaciones objetales" esto es, relacionarse con otros en su interior, y este mundo de relaciones está determinado por la realidad externa pero también por las fantasías del niño.

La fantasía puebla el mundo interno del niño con feroz omnipotencia. Pero así como la fantasía influye sobre la percepción de la realidad, también ésta ejerce un impacto sobre la fantasía. Ej.: en el caso del niño que desea ser amamantado, distinta será su fantasía si se le alimenta de inmediato que si se le hace esperar. En el primer caso el pecho de la madre será idealizado y bueno (porque responde a sus deseos), y él se sentirá omnipotente y capaz de idealizar ese pecho bueno... y todo en él será bueno. En el segundo caso el pecho será malo e incluso persecutorio, y sentirá su ira también todopoderosa... y él tan malo como el pecho malo.

Lo importante de resaltar es que fantasía y realidad se imbrican: la realidad tiene sus efectos sobre el niño, pero éste aporta su cuota con sus propias ansiedades. Está la realidad pero también la interpretación que de ésta hace el niño.

Entonces, desde temprano en la vida se vive un mundo altamente persecutorio. El escenario de la mente está poblado de objetos (personas en su interior), algunas veces gratificantes (buenos) y otras persecutorios (malos).

Los personajes buenos (como las hadas) y malos (como las brujas) luchan dentro de la mente del niño

y definen el temprano estado mental persecutorio-paranoide.

El desenlace de este estado es el ingreso a uno en que, a causa del desarrollo biológico, las experiencias de gratificación, la capacidad de postergar los deseos, la mayor tolerancia a la frustración, la capacidad de creer en la reparación del daño, la ampliación del campo perceptivo, etc., lo hacen darse cuenta que aquella madre, que es mala, en ocasiones puede también ser buena y es la misma. La que es bruja también es hada. La que abandona también acoge.

Se puede integrar el impulso de vida y el de muerte pero éste no desaparece. Siempre sigue tras bambalinas, siempre se expresa, siempre reaparecen los objetos malos. La representación de lo malo no es del todo sepultada, puede cobrar nuevos contenidos en estados posteriores del yo.

Nos interesa destacar también el concepto de "lo ominoso". Freud lo asocia en algún sentido a lo terrorífico. Lo "ominoso sería aquello que debiendo permanecer oculto, sale a la luz". El objeto malo (ese perseguidor) que reaparece pese a la integración, es el ominoso anunciador de lo persecutorio, de la muerte, de la vuelta al estado del cual salimos. Lo ominoso se asienta en la reaparición de lo ya reprimido, algo familiar en la vida anímica que sólo ha sido ocultado por la represión. Aquí podríamos decir que Freud asocia lo ominoso con lo malo agresivo, pero, también con la amenaza de muerte. "De pronto algo ocurre que confirma antiguas convicciones que acechan la oportunidad de corroborarse. Ahí aparece lo ominoso... Cuando complejos infantiles reprimidos o convicciones primitivas superadas, son reanimadas por una impresión". Esta impresión incluye la percepción.

Bettelheim, analizando los cuentos de hadas, señala cómo éstos hablan de los fuertes impulsos internos del niño. Le permiten estructurar sus propios ensueños pero también le permiten ingresar a un mundo que los adultos le niegan: aceptar que el hombre no es sólo bueno (bello?), que también lo malo (feo?) es parte de la vida, que la lucha de la vida y de la muerte es inevitable. Las historias que no mencionan lo penoso y feo de la vida fortalecen la defensa de la negación (la que tarde o temprano devela lo que trata de negar) y, lo que es peor, deja al niño a expensas de sus propios sentimientos feos como un ser único y deleznable. Los cuentos de hadas toman en serio las vicisitudes por las cuales atraviesa el niño, hablándole de la cruda realidad interna.

En estos cuentos el bien y el mal están siempre presentes. La polarización (buenos y malos) propia de

la mente de los niños está en los cuentos. Le permite hacer identificaciones. No dice el niño "quiero ser bueno" sino "quiero parecerme a...". Los procesos inconscientes el niño los comprende sólo mediante imágenes que hablen directamente de lo que le es inconsciente. Él no puede decir "estoy tan furioso que mataría a...", pero sí lo puede decir el "ogro del cuento", porque es imaginario. Como dice el comienzo de los cuentos: "En otros tiempos, cuando bastaba desear una cosa para que se cumpliera...".

En este mundo de las fantasías el niño se acopla, porque ellas responden a las suyas propias. Así, la bondadosa abuelita de la Caperucita puede ser sustituida por el Lobo Feroz (¿su propia madre que lo quiere pero lo castiga?), la madrastra perversa que reemplaza a la madre idealizada de la Cenicienta (¿el deseo de todo niño de ser hijo de otros padres cuando éstos no lo gratifican?), el abandono de Pulgarcito en el bosque (¿cuando el niño se siente desplazado?).

Los personajes y circunstancias que aparecen surgiendo lo bueno, lo deseable, lo no atemorizante, lo feliz, está evocado por la apariencia de la belleza (las hadas, princesas, Blanca Nieves, etc.) y lo indeseable, cínico, malvado, atemorizante, por la apariencia de lo feo (ogros, brujas, etc.).

No sólo los cuentos permiten ver la ligazón entre lo bello y lo bueno así como entre lo feo y lo malo. Las pruebas proyectivas son otro indicador de este correlato interno asociado a lo estético.

Tanto en niños como en adultos los contenidos que delatan la presencia de las ansiedades persecutorias (resabios del impulso de muerte) se revelan en las características asignadas a lo percibido. Ej.: ante una mancha del test de Rorschach puede producirse una respuesta como "qué feo, parece un monstruo y parece que quisiera atacar!" que puede aplacarse cuando en la lámina siguiente ve "qué lindo, parece una flor abriendo los pétalos!". Primero aparece la ansiedad persecutoria (el temor a lo malo que hay en él) y luego se defiende con el mecanismo hipomaniaco (que triunfaría sobre la angustia que generó lo malo).

Asimismo, en el test Desiderativo "me gustaría ser una flor porque es linda, todos la admirarían y la protegerían porque es delicada", "no me gustaría ser rana porque es fea, asquerosa y viscosa", siempre el par de opuestos mostrando los aspectos buenos deseables y los malos rechazables.

También en los dibujos de los niños, como manifestaciones que proyectan sus conflictos. La experiencia clínica con tests gráficos muestra cómo el niño, al hacerse necesario disociar tanto los objetos idealizados como los persecutorios, utiliza figuras que son reves-

tidas con características que son idealmente “buenas” o idealmente “malas”. Cuando proyectan en el papel lo que para ellos es bueno, aparecen dibujos ordenados, limpios, adornados, buscando expresar lo bello; cuando dibujan lo que es para ellos malo, aparecen figuras destruidas, caóticas o feas. Para hablar de sus aspectos deseablemente buenos dibujan figuras angelicales, feéricas o superiores. Para graficar los malos aspectos dibujan al diablo, una bruja o un monstruo.

También los juegos de los niños, como lenguaje privilegiado del inconsciente (junto a los sueños y a los síntomas), permiten rescatar cuáles son sus fantasías acerca de sus personajes internos, los buenos y los malos. La elección de juegos y juguetes para representar uno u otro afecto la va a dar su condición estética, el ingreso privilegiado de lo visual. Los títeres son también un mini escenario de sus fantasías. Los niños claman por salvar a la linda princesa de las garras de la fea bruja mala.

Recordemos clásicos de la filmografía en los que los personajes monstruosos nos producen repulsión por el retorno de eso malo que hay en nosotros y que, creíamos, había quedado atrás.

La belleza ¿no sería otra cosa que dar cuenta de manera visible del aspecto bueno del rostro interno? ¿El deseo es ser “príncipe” o la “princesa” interior?

A través de la belleza se espera aventar el fantasma de lo ominoso, de lo que pueda reabrir tempranos temores al objeto malo, que es amenazante por su ligazón con la pulsión de muerte. Lo feo es el recuerdo de lo malo que hubo y hay en nosotros, la agresión propia o el temor a ser agredido.

Desde la psicología, entonces, el “goce ligeramente embriagador” (y aliviador) que produce lo bello podría ser el resultado de ver al otro como un objeto bueno, así como ser bello implicaría estar identificado, al menos aparentemente, con un aspecto bueno de sí mismo. Como dice Freud, sería un modo de hacerle frente al fantasma de la muerte en su aspecto persecutorio. Sería una manera de embellecer el escenario en que se desarrolla la obra de la vida.

REFERENCIAS

1. Aristóteles, Crisipo, Plotino y Séneca en *Historia de la Filosofía*. Aguilar, Madrid, 1951
2. Bettelheim B. *Psicoanálisis de los cuentos de hadas*. Crítica, Barcelona, 1962
3. Freud S. *Tres ensayos de una teoría sexual*, Vol. VII. AE, Buenos Aires, 1905
4. Freud S. *Lo ominoso*, Vol. XVII. AE, Buenos Aires, 1919
5. Freud S. *El malestar en la cultura*, Vol. XXI. AE, Buenos Aires, 1930
6. Kant E. *Lo bello y lo sublime*. Espasa-Calpe, Madrid, 1952
7. Klein M. *Desarrollos en psicoanálisis*. Hormé, Buenos Aires, 1962
8. Platón. *Hippias Mayor*. En: *El Banquete*. Aguilar, Madrid, 1980